

VALOR APOSTÓLICO DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

Marceliano Llamera

I.- SIGNIFICACIÓN ECLESIAL DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA Y DE SU VOCACIÓN APOSTÓLICA

Introducción.....	2
1.- Ser y función eclesial de la Vida Religiosa.....	2
2.- Ser y función eclesial de la Vida Religiosa Contemplativa	3
3.- Las Vocaciones y la Vocación Contemplativa en la Iglesia	5
4.- La vocación apostólica de la Vida Religiosa Contemplativa	6

II.- LOS RECURSOS DEL APOSTOLADO CONTEMPLATIVO

1.- Apostolado Contemplativo de Amor.....	13
2.- Apostolado Contemplativo de Oración	18
<i>Títulos de eficacia.....</i>	21
<i>La motivación caritativa</i>	22
3.- Apostolado Contemplativo de Sacrificio.....	23
<i>Oportunidades de apostolado penitencial.....</i>	24
4.- Apostolado Contemplativo de Ejemplaridad	26

POST SCRIPTUM.....	31
--------------------	----

VALOR APOSTÓLICO DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

Marceliano Llamera, OP

Nos apena y nos extraña la incompreensión de que generalmente son objeto los religiosos contemplativos, sobre todo las religiosas, reflejada en preguntas tan repetidas como ésta: "¿Qué hacen y para qué sirven esas monjas encerradas?",

Sin embargo, sin dejar de ser penosa, podría ser menos extraña esa incompreensión, con solo pensar que es el mismo excepcional valor de la vida contemplativa el que dificulta su valoración. La cortedad de nuestra vista nos hace invisibles las más grandes y luminosas estrellas. En todo orden de valores y más en los de espíritu y, sobre todo, en los sobrenaturales, la comprensión suele estar en razón inversa de su elevación y preeminencia. Lo mejor está reservado a los mejores. Jesús nos previno que ciertos bienes evangélicos sólo serían apreciados por quienes recibieran la gracia especial para apreciarlos. Entre ellos sobresale la consagración de la vida al amor y servicio de Cristo, por la vocación religiosa y mayormente por la vocación contemplativa. El mismo Jesús sentenció que María de Betania, al desentenderse de "los muchos cuidados del servicio para escuchar su palabra sentada a sus pies", había escogido la mejor parte¹. Y después de veinte siglos Marta sigue sin justipreciar la actitud de su hermana, a pesar de la sentencia laudatoria del Señor. La vida contemplativa llevará siempre consigo este sino de incompreensión.

Mas, por eso mismo, debemos contrarrestarlo cuanto podamos, habida cuenta de que la Iglesia ha recibido el Espíritu de sabiduría "para conocer los dones que Dios le ha concedido"². En estas páginas nos esforzaremos en declarar el caudal apostólico que aportan a la Iglesia estas vidas concentradas en la comunicación y contemplación divina, y aisladas por esta misma vocación, de la convivencia y de las solicitudes externas de sus hermanos.

No están aislados del contacto social por falta de interés por los hombres, sino más bien por un mayor interés y deseo de Dios. Y este incrementado amor divino, facilitado por la separación física, es la causa de que estén más presentes espiritualmente entre aquellos de los que se han apartado, porque están unidos más íntimamente a Jesucristo. Esta es la interpretación que puso de relieve el Concilio Vaticano II: "Y nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres o inútiles para la sociedad terrena. Porque, si bien en algunos casos no sirven directamente a sus contemporáneos, los tienen, sin embargo, presentes de manera más íntima en las entrañas de Cristo y cooperan espiritualmente con ellos, para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en el Señor y se ordene a Él, no sea que trabajen en vano quienes la edifican"³.

La clarificación del significado de las vocaciones contemplativas en la vida y misión de la Iglesia es esencial para todo el Pueblo de Dios, del cual son la porción más valiosa y fructífera; pero puede ser especialmente provechoso para los pastores de almas, a los que incumbe guiarlas, no apartarlas, de los mejores pastos del espíritu. Sobre todo es útil para los mismos destinatarios de esta vocación, la más privilegiada y exigente

¹ Cf. Lc. 10, 38-42.

² Cf. 1 Co. 2, 10-12.

³ LG. n. 46.

vocación cristiana y para aquellos que, en previsión de los mismos privilegios, todavía buscan ansiosamente el camino divino para sus aspiraciones e ideales.

I

SIGNIFICACIÓN ECLESIAL DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA Y DE SU VOCACIÓN APOSTÓLICA

INTRODUCCIÓN

El Concilio Vaticano II compara la admirable variedad de familias religiosas con “árbol que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor partiendo de una semilla puesta por Dios”⁴. Este campo del Señor es la vida de la Iglesia, y la semilla sembrada por Dios, a la que se hace referencia, es el “don divino” de los consejos evangélicos “que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre”⁵. La fecundidad en institutos religiosos de la Iglesia es ininteligible sin una previa comprensión de su ser y función en la vida de la Iglesia. En su evaluación de la vida religiosa contemplativa, el Concilio Vaticano II presenta la fecundidad de esta vida como resultado del “lugar eminente” que ocupa y la función que le corresponde en el Cuerpo Místico de Cristo⁶.

De acuerdo con esta justificada opinión, nos aproximaremos a nuestro estudio de la dimensión apostólica de la vocación contemplativa aclarando en primer lugar su eclesial existencia y obligatoriedad.

SER Y FUNCIÓN ECLESIAL DE LA VIDA RELIGIOSA

La Iglesia es un todo vital: un cuerpo u organismo vivo que integra a cuantos participan de Cristo la vida divina. La vida de los fieles y de sus agrupaciones o instituciones es vida de la Iglesia en cuanto procede de la vida de la Iglesia, la expansiona y la complementa. Es la doctrina de San Pablo: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte, según la disposición de Dios en la Iglesia..."⁷

Los religiosos son cristianos que se comprometen a procurar serlo con plenitud por el acrecentamiento de la gracia divina, que se actúa y perfecciona principalmente por la caridad. No es la vocación a la santidad -común a todos los cristianos-, sino el compromiso especial de realizarla por la profesión de los consejos evangélicos, lo que caracteriza la vida religiosa. Es fácil aclararlo recordando que la Iglesia, además de los preceptos, recibió de Cristo el don de los consejos, especialmente los de pobreza, castidad y obediencia que facilitan la santificación o perfección de la caridad, imitando más de cerca la vida virginal, pobre y obediente de Jesús. En orden al aprovechamiento más efectivo de estos recursos de santificación, el Espíritu Santo llama con gracia especial en la Iglesia a ciertos cristianos a proseguir empeñadamente la santidad mediante la consagración exclusiva a Dios en Jesucristo, por la profesión de los consejos evangélicos. Es, pues, patente, que la vida religiosa, dedicada al perfecto

⁴ LG. n. 43.

⁵ Ib.

⁶ Cf. PC. n. 7

⁷ 1 Co. 12, 27; cf. Rm. 12, 4-5.

amor de Dios y de los hombres, por la sobredicha consagración religiosa, es una expansión y manifestación de la vida de la Iglesia: de ella nace, en ella se realiza, a su acrecentamiento se ordena, fructificación suya es, cuando se logra⁸.

La misma Iglesia reconoce esto con una expresividad que nos complace citar, como un estímulo a los religiosos y una iluminación para todos los lectores. El Concilio Vaticano II declara:

“Ya desde los orígenes de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios, muchos de los cuales bajo la inspiración del Espíritu Santo, o vivieron en la soledad o erigieron familias religiosas a las cuales la Iglesia, con su autoridad, acogió y aprobó de buen grado. De donde, por designios divinos, floreció aquella admirable variedad de familias religiosas que en tan gran manera contribuyó a que la Iglesia no sólo estuviera equipada para toda obra buena (Cf. Tim., 3,17) y preparada para la obra del ministerio en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, sino también a que, hermojeada con los diversos dones de sus hijos, se presente como esposa que se engalana para su Esposo, y por ella se ponga de manifiesto la multiforme sabiduría de Dios”⁹.

Y Pablo VI comenta:

“Es bien sabido que el Concilio ha reconocido a "este don especial" un puesto escogido en la vida de la Iglesia, porque permite, a quienes lo han recibido, conformarse más profundamente "a aquel género de vida virginal y pobre que Cristo escogió para sí y que la Virgen, su Madre, abrazó". El Concilio le ha indicado también el camino para su renovación según el Evangelio... La tradición de la Iglesia -¿es necesario recordarlo?- nos ofrece desde los orígenes este testimonio privilegiado de una búsqueda constante de Dios, de un amor único e indiviso por Cristo, de una dedicación absoluta al crecimiento de su Reino. Sin este signo concreto, la caridad que anima a la Iglesia entera correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder en penetración, la "sal" de la fe de disolverse en un mundo de secularización”¹⁰.

No hay evidencia más clara de que la vida religiosa pertenece no solo a la vida de la Iglesia, sino también a su fuerza y plenitud: a su perfección y santidad.

SER Y FUNCIÓN ECLESIAL DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

La vida contemplativa comparte con toda vida religiosa la entrega total a Dios en orden a la caridad perfecta, que consiste principalmente en el amor de Dios y secundariamente en el amor del prójimo¹¹. En la totalidad de entrega al amor y servicio de Dios no hay diferencia entre las instituciones religiosas¹².

La diferencia más general proviene de que algunas de ellas, llamadas contemplativas, *vacan sólo a Dios*, dedicadas, cuanto cabe, al amor inmediato de Dios;

⁸ Cf. Conc. Vat. II LG. nn. 43, 44, 47; PC. nn. 1, 5, 7, 8.

⁹ PC. n. 1

¹⁰ Evangelica Testificatio nn. 2, 3

¹¹ Cf. Santo Tomás: *Suma Teol.*, 2-2.q.188, a.1 ad 1; 2, c.

¹² Cf. Id. Ib.

mientras muchas otras, por su propia vocación, se dedican también al servicio inmediato del prójimo en diversas obras de caridad, que ejercen por comisión y en nombre de la Iglesia¹³.

Así, pues, lo que caracteriza y distingue a la vocación y vida contemplativa es la concentración total y exclusiva en Dios, en afán de amor y de unión plena con El, que se actúa principalmente en la comunicación asidua de la oración y en la inmolación penitencial y reparadora¹⁴, facilitadas por el aislamiento y la soledad.

¿Qué significación tiene esta vida en la vida de la Iglesia? Como ya hemos dicho, la Iglesia, comunidad o cuerpo místico cristiano, incluye y aúna la diversidad de todos sus miembros con todas sus gracias y funciones. Para responder pues, a nuestra pregunta se impone responder previamente a esta otra: ¿Cómo y con qué importancia es contemplativa la Iglesia? Es un abanico de preguntas que, desplegado, abre estos interrogantes: ¿Qué importancia tiene en la vida de la Iglesia:

- el afán y el ejercicio inmediato del amor de Dios,
- la práctica cultural de comunicación religiosa con Dios en Jesucristo, por la liturgia, la oración personal, la mediación intercesora,
- la inmolación corredentora por la coparticipación de la vida paciente de Cristo?

En esta diafinidad de la pregunta es meridiana la respuesta. La contemplación de Dios y la ocupación en ella es importantísima en la vida de la Iglesia. Hace muy al caso esta elevada enseñanza del Concilio Vaticano II:

*"Es característico de la verdadera Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación, y lo presente a la ciudad futura que esperamos"*¹⁵.

Hagamos trifocal la respuesta proyectándola sobre el amor, la oración y la penitencia en la vida de la Iglesia.

En cuanto al amor de Dios, se impone afirmar que es la vida de la vida eclesial, que se substancia en la fe, en la esperanza y en la caridad: pero, sobre todo, en la caridad¹⁶. Conocer al Dios vivo y verdadero y a su enviado Jesucristo, imagen de su substancia y esplendor de su gloria¹⁷, anhelar al Dios de la esperanza, amarle en su mismo Espíritu de amor, es la vida y la razón suprema de vivir de la Iglesia. Dios en Jesucristo y por Jesucristo es toda su vocación y su misión.

De aquí la preeminencia y principalidad en la misma vida de la Iglesia de la *actividad cultural* o teológico-religiosa, sobre todo en las celebraciones litúrgicas. En ellas ejerce Cristo su suprema función sacerdotal de glorificación divina y reparación humana, asociando consigo a la comunidad entera de los hombres cristianizados. Porque, como nos enseña el Concilio, la función sacerdotal de Cristo "se prolonga a través de su Iglesia, que sin cesar alaba a Dios e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras,

¹³ Cf. PC. n.8; Santo Tomás, 2-2,q.188.a.2.

¹⁴ Cf. PC. n. 7.

¹⁵ SC. n. 2

¹⁶ Cf. 1 Cor. 13,13

¹⁷ Cf. Hb. 1, 3

principalmente recitando el Oficio Divino... "18. Por eso "la liturgia es la cumbre hacia la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el Bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados 'con los sacramentos pascuales' sean 'concordes en la piedad', ruega a Dios que 'conserven en su vida lo que recibieron en la fe' y la renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella

santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin."19

En consonancia con estas estimaciones del Concilio Vaticano II, comentaba Pablo VI: "Rendimos el homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación: la liturgia la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual, el primer don que debemos hacer al pueblo cristiano que con nosotros cree y ora ... Estará bien que nosotros apreciemos como un tesoro este fruto de nuestro Concilio, como algo que debe animar y caracterizar la vida de la Iglesia. Es, en efecto, *la Iglesia una sociedad religiosa, una comunidad orante*; es un pueblo floreciente de interioridad y de espiritualidad, promovido por la fe y por la gracia ... No queremos, ciertamente, disminuir la importancia de la oración, ni posponerla a otros cuidados del ministerio sagrado o de la actividad pastoral..."20.

Respecto del tercer punto, baste recordar que la Iglesia es fruto del misterio pascual de Cristo, revivencia y convivencia de su muerte y resurrección. El Bautismo concrucifica a la Iglesia con Cristo. "¿Ignoráis, dice San Pablo, que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte? Con El hemos sido sepultados por el Bautismo, para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva... Así, pues, haced cuenta que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús"21. Por eso, como precisa el mismo Apóstol, "mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal"22. La Eucaristía, Sacramento de la Pasión del Señor, completa la unión inicial de la vida de la Iglesia al sacrificio redentor de Cristo, potenciando su sentido consacrificial y corredentor. Las penalidades de la existencia terrena, son para los cristianos cruces de su propia redención personal y complemento de las de Cristo en los miembros de su Cuerpo místico23. En la medida misma de su identificación con Cristo, la Iglesia vive urgida por el afán redentor de su esposo crucificado.

LA VOCACIÓN Y LAS VOCACIONES CONTEMPLATIVAS EN LA IGLESIA

¹⁸ SC. n. 83

¹⁹ SC. n. 10; Cf. n. 7

²⁰ *Aloc. Clausura II sesión Conc. Vat. II*, 4 de diciembre de 1963.

²¹ Rm 6, 3-11

²² 2 Co 4, 11

²³ Cf. Col 1, 24

La conclusión buscada emerge luminosa de estas consideraciones. La contemplación es dimensión vital esencialísima y principalísima en la vida de la comunidad eclesial. Toda la Iglesia es contemplativa, y todos los cristianos -en mayor o menor grado- lo han de ser en ella. La graduación en esta universalidad de la vocación contemplativa de la Iglesia no sólo permite, sino que exige la existencia en ella de vocaciones especialmente contemplativas, suscitadas por el Espíritu de Cristo que la anima y vivifica. La fidelidad de los cristianos a esta vocación especial, lleva a su más cumplida verificación la vocación y la vida contemplativa de la Iglesia. La Iglesia, cuya vida se realiza y plenifica en la multiplicidad y diversidad de sus miembros, es máximamente contemplativa en sus hijos contemplativos. Ellos son los principales realizadores de la vida contemplativa de la Iglesia. Este es "el puesto preclaro que, según el Concilio, ocupan siempre los Institutos contemplativos en el Cuerpo Místico de Cristo"²⁴. En ellos se asegura y manifiesta "la plenitud de la vida de la Iglesia", que sólo se alcanza en su vida contemplativa²⁵.

Pablo VI ha confirmado este sentir eclesial con frases ponderativas como estas:

*"La Iglesia ve en vosotras (monjas contemplativas) la expresión más alta de su misma vida, ... sois en cierto modo su vértice... Estáis en el vértice de la vida, tal cual la Iglesia quiere promoverla en medio de los hombres"*²⁶.

*"Las comunidades contemplativas ... no están separadas de la comunión de la Iglesia de Dios, sino que, antes bien, constituyen su corazón ... "*²⁷.

Peregrina de Dios, en la orientación divina de la fe, en el anhelo divino de la esperanza, en la comunión divina, ya iniciada pero insatisfecha del amor, la Iglesia vive pendiente de Dios. Este anhelo e incesante encenramiento divino lo alcanza principalmente la Iglesia en la vida de sus contemplativos que "vacan sólo a Dios"²⁸.

LA VOCACIÓN APOSTÓLICA DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

Cristo es salvador o divinizador universal de todos los hombres. En la plenitud de su gracia divinizadora incluye virtualmente -en tensión expansiva- la divinización de todos los redimidos. Todos le pertenecen, pues a todos los amó y por todos murió, para comunicarles su vida.

La Iglesia, como poseedora y continuadora de la vida de Cristo, está urgida a su difusión universal. Esta exigencia connatural de cristianización y eclesialización de toda la humanidad es su misión apostólica. El apostolado de la Iglesia es la comunicación a los hombres de la vida cristiana, a impulsos de la dinámica vital de las virtudes de la gracia, es decir, de la fe, de la esperanza y de la caridad; sobre todo de la caridad. Así, pues, de la vida divina de la Iglesia procede la actividad vital con que dilata esa misma vida. Esto es su apostolado²⁹.

²⁴ PC 7

²⁵ Conc. Vat. II, AA. n. 18

²⁶ *Aloc. Monjas Camald.*, 23 de marzo de 1967

²⁷ *Homilía 2* de febrero de 1966

²⁸ "No faltan quienes, movidos por la gracia del Espíritu Santo, son elevados a la contemplación; una cierta llamada en este sentido es dirigida a todo cristiano, así como a todos los fieles es necesaria una cierta separación del mundo. (...) Los monjes y las monjas, retirándose al claustro, no hacen otra cosa que realizar, de una manera más absoluta y ejemplar, una dimensión esencial de toda vida cristiana" (Venite Seorsum, n. 7-8).

²⁹ Cf. Conc. Vat. II AA., nn. 3 y 8

De aquí nace la ineludible incumbencia general apostólica de todos los cristianos. El deber y el derecho al apostolado, enseña el Concilio, deriva de la misma unión del cristiano con Cristo. "La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado. Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que

se comporten de forma meramente pasiva, sino que todos participan en la actividad vital del cuerpo, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, *todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros*"³⁰. Hay diversidad de ministerios y cooperaciones apostólicas, pero unidad y universalidad de misión. La diversidad (~e las aportaciones apostólicas depende de la diversidad con que se poseen los dones comunes y de la diversificación de los dones peculiares.

Con referencia especial a los religiosos dice el Concilio Vaticano II:

*"Los miembros de cualquier Instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, deben unir la contemplación, con que se adhieren a El con la mente y el corazón, con el amor apostólico que los impulsa a asociarse a la obra de la redención y a extender el reino de Dios"*³¹.

*"La virtud de la caridad que deben cultivar perfectamente por exigencia de su vocación, los impulsa; obliga al espíritu y al trabajo verdaderamente apostólico"*³².

¿Es suficiente esta explicación general de la vocación apostólica cristiana y de la vocación apostólica religiosa para explicar la vocación apostólica contemplativa? Lo es para hacer comprensible la incumbencia y la efectividad apostólica del contemplativo en cuanto cristiano y en cuanto religioso; pero no en cuanto contemplativo. Lo diferencial es adicional y especificativo de lo general. Es la razón específica del apostolado contemplativo la que se inquiere: la vocación apostólica del contemplativo en cuanto contemplativo. Con más precisión, aunque no con mayor claridad, diríamos que indagamos la vocación apostólica que incluye o conlleva la vocación específica contemplativa. ¿Es apostólica por su propia índole o condición, la vocación contemplativa?

Recordemos que lo que caracteriza o diferencia a esta vida, dentro del compromiso común de la vida religiosa, que es la perfección de la caridad de Dios y del prójimo, es *la dedicación plena al ejercicio directo e inmediato del amor de Dios*, mientras otras vocaciones religiosas conllevan la dedicación a Dios mediante el servicio directo e inmediato del prójimo, es decir, mediante la práctica vocacional de diversas obras caritativas, como la enseñanza, la asistencia benéfica, etc³³.

Interpongamos aquí algunas aclaraciones para prevenir posibles confusiones posteriores:

1º. Al decir que la vocación contemplativa es dedicación plena al *amor directo e inmediato de Dios*, se significa que de suyo o como tal ordena e incita a la concentración más completa posible en Dios, por el ejercicio del amor; que es calificado de *directo e inmediato* por cuanto se verifica por actuaciones que se refieren directa e inmediatamente a Dios, y no por actuaciones que recaen directamente sobre el

³⁰ AA. n. 2

³¹ PC. n. 5

³² AG. n. 40

³³ Cf. PC. nn. 7 y 8

prójimo, aunque indirecta y mediatamente (como motivadas por el amor de Dios) sean también ejercicio de amor de Dios³⁴.

2º. La vocación contemplativa de suyo, no se ordena a estos actos externos de caridad directa hacia el prójimo; más bien los excluye, como dificultativos de la atención contemplativa interior³⁵.

Esto no obstante, la vida contemplativa en cuanto vida humana, cristiana y religiosa, y en cuanto vida comunitaria, conlleva unas exigencias de convivencia caritativa y virtuosa que será tanto más perfectamente practicada, cuanto más auténtica sea la contemplación divina. Es también sabido que urgentes necesidades de caridad o de simple humanidad han de prevalecer sobre la ocupación contemplativa³⁶. Es igualmente sentir tradicional que el ejercicio de las virtudes activas es obligado como preparación y disposición necesaria para la vida contemplativa³⁷.

3º. La vida contemplativa no solo no excluye, sino que incluye esencialmente *el amor directo* al prójimo, es decir, el amor, el interés y el empeño por el bien divino de todos los hombres. Lo que ordinariamente excluye, como ya dijimos, es la ocupación en obras exteriores de caridad o apostolado. En este sentido, el amor y beneficio del prójimo es *indirecto*, por cuanto proviene y deriva de los actos que se refieren directamente al amor de Dios, como la alabanza divina, la oración, etc.

4º. Advirtamos finalmente que la vida activa de los contemplativos debería llevar siempre una especial impronta contemplativa, en cuanto es postulado o redundancia de la contemplación.

Prosigamos nuestra indagación. Se centra ya en esclarecer si el amor directo de Dios, objetivo propio de la vida contemplativa, es a la par amor al prójimo, esto es, a los hombres hijos de Dios. ¿Conlleva, exige, suscita, estimula el amor de Dios, el amor caritativo o divino a los hombres amados por Dios?

Aduzcamos, ante todo, la contestación afirmativa de la Iglesia, vehementemente pronunciada por Pío XII en la Const. Apost. *Sponsa Christi*:

“Consistiendo la perfección de la vida cristiana especialmente en la caridad y siendo una sola la caridad por la cual debemos amar a Dios sobre todas las cosas y a todos en Él, la Madre Iglesia exige que todas las monjas consagradas canónicamente a la contemplación, junten el perfecto amor de Dios con la caridad perfecta hacia el prójimo: de tal manera que, en fuerza de esta caridad y de la gracia de su estado, se sientan las religiosas y los religiosos totalmente consagrados a las necesidades de la Iglesia y de todos los necesitados.

Por tanto, *entiendan bien todas las monjas que su vocación es plena y enteramente apostólica, no circunscrita a límite alguno de tiempo, lugar o cosa, sino que se extiende siempre y en todas partes, a todo lo que, de cualquier modo, atañe al honor del Esposo y al bien de las almas*”³⁸.

La enseñanza es clara. La vocación de caridad perfecta, es una vocación plenamente apostólica. Y es una vocación apostólica, precisamente por ser vocación de amor. El amor caritativo es uno sólo y se ordena a la vez a Dios y al prójimo.

³⁴ Cf. Santo Tomás, 2-2q. 188, a.2,c

³⁵ Cf. Id. 2-2q.182, a.3

³⁶ Ib. a.1 ad 3

³⁷ Cf. 2-2q. 180, a.2; q. 181,a.1 ad 3

³⁸ Const. Apost. *Sponsa Christi* n. 39.

Mostremos esta inclusión de la caridad hacia los hombres en la caridad teológica misma hacia Dios. Lo conseguiremos reparando en la naturaleza y en la eficiencia vital de la caridad. La hagiografía confirmará nuestras reflexiones.

La pauta está ya dada, y es la unidad de la caridad proveniente de la unidad formal del bien divino. Es, en efecto, la caridad la amistad del hombre con Dios, originada por la comunicación que Dios nos hace de su infinito bien por la vida divina de la gracia en el tiempo y por la vida divina de la gloria en la eternidad. Esta comunidad de bien entre Dios y los hombres, funda una comunión de amor entre los hombres y Dios. El bien común caritativamente amado en Dios y en los hombres es el mismo bien divino, poseído por Dios esencialmente, y participado por los hombres al participar la vida divina de la gracia. La unidad formal del bien divino amado, unifica la caridad que lo ama. Dios y el hombre son seres y objetos infinitamente distintos en

sí mismos; pero, respecto de la caridad, son un solo bien y objeto formal, puesto que uno sólo y uno mismo es el bien que los hace amables y amados: el bien divino, poseído por Dios como propio: poseído por el hombre como derivado de Dios.

La unidad de la caridad conlleva su universalidad. La proyección del amor caritativo es coextensiva con la bondad divina. A donde se extienda la bondad divina se extiende su amabilidad y, por tanto, el amor caritativo divino. El mismo bien que hace a Dios amable en sí

mismo le hace amable en los seres divinamente bonificados. Es imposible amar a Dios en sí y no amarle en los seres divinamente amabilizados por la comunicación de su bien. La caridad, hasta en su grado más mínimo³⁹, se proyecta sobre todo el campo de la bondad divina, pues en toda su espaciosidad es divinamente amable. Por esta razón sentencia Santo Tomás y todos los teólogos con él, que "el hábito de la caridad no se extiende sólo al amor de Dios, sino también al amor del prójimo"⁴⁰. Dios no ha reservado para sí solo la posesión y disfrute de su divina bondad. Ha querido comunicarla a los hombres y quiere que sea amada en ellos, es decir, que ellos sean amados en razón de esta divina bondad que los diviniza, haciéndoles hijos y herederos suyos. No hay símiles aptos para ejemplarizar tan soberana verdad. Supongamos, no obstante, que la bondad divina que hace a los hombres divinamente amables, es algo así como la claridad del sol que hace visibles a las cosas iluminadas con su luz. Como la potencia visiva, cuyo objeto es la luz del sol, no se reduce a ver la luz en el mismo sol, sino en todos los objetos iluminados y hechos visibles por su luz, así la virtud dilectiva teologal (que es la caridad) no se puede limitar al amor de la bondad divina en el mismo Dios, sino proyecta sobre todos los seres que son buenos y amables por su participación.

No hay, pues, caridad de Dios en sí mismo, que no sea a la vez caridad de Dios en los hombres, o de los hombres en Dios. De donde se sigue que en proporción con su mismo perfeccionamiento respecto de Dios, se perfecciona la caridad respecto del prójimo, o de los hijos de Dios. Nadie ama al prójimo en mayor ni menor proporción de su amor a Dios. La vocación de amor perfecto de Dios es vocación de amor perfecto del prójimo. Las actuaciones caritativas que se refieren directa e inmediatamente a Dios, no se restringen al amor de Dios en

sí mismo, en su amabilidad esencial, sino que se alargan al amor de Dios en los hombres, en su amabilidad comunicada, con que los hace divinamente amables.

Esta profunda verdad de la unidad y de la universalidad de la caridad teologal, es una realidad vital que las almas perciben a efecto e instinto de la misma caridad y que por sí

³⁹ Cf. 2-2. q.24, a5,c

⁴⁰ Cf. Ib. q.25, a.1

misma las avizora e impele al amor de los hombres, sus hermanos, con una vehemencia comensurada a la que los incita al amor de Dios. Y es que Dios *se ha hecho Padre* de los hombres. ¿Cómo sería posible amarle entrañablemente a El sin amar a los que El tan entrañablemente ama? Ciertamente, el Dios de la caridad es, ante todo, el Dios infinitamente bueno y amable en sí mismo y por sí mismo; pero El ha querido difundir esta infinita bondad a los hombres y quiere con igual querer que sea amada en ellos y para ellos. La caridad irradia del corazón de Dios

al nuestro y desde el nuestro revierte al divino: mas luego se proyecta con la de Dios a todos los corazones humanos, amados y amantes de Dios. Quizá diríamos mejor que la caridad adentra nuestro corazón en el corazón de Dios, nuestro Padre: pero en el corazón de Dios se encuentra con los corazones de todos los hombres, concentrados en El, "endiosados por la misma divina caridad. No es imaginaria esta inmanencia teologal. *Dios*, testimonia la Escritura, *es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él*"⁴¹.

Cristianicemos nuestra consideración. "Ved, pondera Juan, qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos"⁴².

Pero el mismo Juan explica: "La caridad de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por El. En eso está la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados"⁴³.

Pablo teologa sublimemente este inefable misterio del amor eterno divino: "Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto en El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad para alabanza de la gloria de su gracia. Por eso nos hizo gratos en su amado, en quien tenemos la predicación por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia ..."⁴⁴.

He aquí, según el mismo Apóstol, la obra maravillosa de esta gracia: "Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo... y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar a los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Jesús ..."⁴⁵.

La caridad de Dios hacia nosotros tiene su manifestación suprema en la donación de su Hijo que se hermana con nosotros en la vida humana para ganamos y comunicarnos la hermandad en su vida divina. Vivimos, pues, para Dios en Cristo Jesús. Somos amados en el Amado, hijos en el Hijo. El es quien nos eleva al Padre, transfundiéndonos su espíritu filial que nos hace reconocer, sentir, amar e invocar a Dios como Padre. Y como nuestra vida de hijos de Dios es derivación de la vida de Cristo, de quien, en quien y con quien vivimos o convivimos la vida de la Trinidad: nuestra caridad o amor teologal es derivación de la caridad de Cristo, en quien, por quien y con quien amamos a Dios, compartiendo el mismo amor con que Dios se ama y nos ama. Digamos, en suma, que Dios nos ama en Cristo, pues en Cristo y por Cristo nos hace amados y amantes suyos.

⁴¹ 1 Jn. 4, 16

⁴² 1 Jn. 3, 1

⁴³ 1 Jn. 4, 9-10

⁴⁴ Ef. 1, 1-7

⁴⁵ Ef. 2, 4-7

Por este misterio de la predestinación salvífica divina, Cristo asocia vitalmente a los hombres consigo, formando con ellos un Cristo total, viviendo El en todos y todos en El: y, pues la vida se expansiona y se actúa en el amor, amando El en todos y todos en El. Vida y caridad las nuestras regidas inviolablemente por la homogeneidad y la conformidad con las de Cristo, de las que proceden y con las que cooperan.

Paremos y reparemos aquí. Cristo es la conjunción indisoluble del amor de Dios y del amor de los hombres. Lo es en la encarnación, en el evangelio, en la cruz, en la eucaristía, en el cielo. Siempre y en todo, Cristo ama al Padre y pretende a toda costa - aun a costa de su vida humana- el amor del Padre hacia los hombres y el amor de los hombres hacia el Padre: el mutuo amor entre los hombres y Dios. Esta conjunción de amor divino-humano tiene su expresión más vehemente y sublime en su oración sacerdotal donde se explaya su anhelo de ver aunados a todos los hombres consigo en la unidad de la convivencia trinitaria. "Padre Santo: *guarda en tu nombre a éstos para que sean uno como nosotros ... Pero mego (también) por los que crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros... Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad*"⁴⁶.

Así es de inseparable la caridad de Dios y la de los hombres en Cristo. Así lo es en todo cristiano, y tanto más cuanto más cristiano sea, o cuanto más intensa sea su caridad, porque en esta misma proporción sus sentimientos, como diría el Apóstol, son los mismos de Cristo Jesús⁴⁷.

Resumimos y urgimos nuestra consideración. Nadie ama a Dios sino en Cristo y por Cristo. Todo amor divino pasa por el corazón de Cristo y con el amor de Cristo es a la vez amor de Dios y de los hombres en Dios. Es tan imposible separar el amor de Dios del amor de los hombres, como lo es separar a Cristo de sus miembros, vida de su vida.

Así es, pues, de connatural a la vocación contemplativa de amor de Dios, el amor divino de los hombres, es decir, el interés, la solicitud y la ayuda a su salvación.

La misma caridad descubre e impone esta exigencia a las almas santas, identificándolas con la aspiración redentora del amor de Cristo. A este propósito nos complace reproducir una página admirable del gran teólogo místico P. Victorino Osende: "Aquí es de notar que lo que constituye la unión con Cristo es la posesión de su vida y que los santos *sienten a Cristo en sí por medio de esta vida ...* Y en esta misma vida sienten su unión con todos los miembros de su Cuerpo Místico, principalmente con aquellos que la poseen más plenamente. Porque entre estos miembros reina tal unión de corazón y espíritu que se puede decir con toda verdad que tienen un solo corazón y una sola alma. Todos tienen los mismos pensamientos y afectos, las mismas aspiraciones y esperanzas y el mismo modo de ver y sentir las cosas de Dios y del alma. De tal manera que, cuando mutuamente se comunican las cosas de su espíritu, se diría que todos hablan por la misma

boca ... Esta caridad es la que hace que todos se gocen en el bien de los demás como si fuera propio y tienen por suyas todas las glorias y excelencias y como suyas las ofrecen a Dios para que en todo y en todos sea glorificado ... Mas no sólo sienten su unión con Cristo en aquellos que gozan de la plenitud de su vida, sino también en los miembros enfermos o muertos que carecen de ella y pueden alcanzarla, como son los pecadores e infieles. Y de aquí nace el celo abrasador que les consume de comunicarles a todos el conocimiento y amor de Cristo y hacerles participantes de esa vida divina que ellos

⁴⁶ Jn. 9, 17. 20-23

⁴⁷ Cf. Fil. 2, 5

mismos poseen. Este es un efecto irresistible de la misma caridad, que, como sumo bien, es el más difusivo de todos los bienes. Por eso no cesará de repetir aquellas palabras: *Da mihi animas, coetera tolle*. Dame almas y quítame todo lo demás. Y es porque éstos ya no tienen más vida que la gloria de Dios. - Pero lo que más estimula a este ejercicio de amor y caridad es ver al mismo Cristo en cada uno de sus miembros, en la misma forma en que éstos se encuentran, sanos o enfermos, padeciendo o gozando ... Por eso quiso algunas veces manifestarse, a ciertas almas escogidas, sufriendo todos los tormentos e ignominias de la pasión en los pecadores para enseñarles a rogar y sufrir por ellos. Y al mismo tiempo comunica a estas almas los mismos sentimientos y disposiciones que El tuvo al tomar sobre Sí nuestros pecados y padecer por ellos. Así estas almas se consideran en algún modo culpables de todos los pecados del mundo y piden perdón de ellos y ofrecen sacrificios y expiaciones como si fuesen propios. Al fin, el pecado es una ofensa a Dios, y sólo por esto debe dolernos, sea quien sea quien lo cometa. - De este mismo efecto de caridad y unión con los miembros de Cristo nacen todas las demás obras de misericordia, especialmente la de rogar y expiar por las benditas almas del Purgatorio. Si en los cristianos existiera vivo este sentimiento de unión, no serían necesarias tantas razones de orden menos elevado y acaso puramente natural para moverla a orar y sacrificarse por ellas."⁴⁸.

Confirmación hagiográfica. -Es lástima que la falta de espacio no nos permita registrar los testimonios vivenciales de los más auténticos contemplativos. Ellos atestiguan que la vida de su vida es vivir para el amor de Dios, desviviéndose a la vez para que los hombres le amen. Oiremos por todos a Santa Teresa, su más autorizado portavoz:

*"Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho: porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios, y procurar, en cuanto pudiéramos, no ofenderle y rogarle vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo, y el aumento de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor"*⁴⁹.

*"¡Oh caridad de los que verdaderamente aman este Señor y conocen su condición! ¡Qué poco descansen podrán tener, si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios o para darle algún consuelo, o para quitarla de algún peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oración, implorando al Señor por las muchas almas que la lastima de ver que se pierden"*⁵⁰.

*"Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente detrás de sí; como a buen capitán, le da Dios quien vaya en su compañía"*⁵¹.

"Es cosa extraña qué apasionado amor es este, qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias y oración y qué cuidado de encomendar a todos los que piensa que le han de aprovechar con Dios para que se le encomienden, qué deseo ordinario, un no traer contento si no le ve aprovechar. Pues si le parece 'está mejorado y le ve que toma algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida; ni come ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa, si

⁴⁸ V. Osende, O.P. *Lecciones de vida espiritual*. Pamplona, 1955, p. 48, 50-51

⁴⁹ *Moradas Cuartas*, 1, 7

⁵⁰ *Fundaciones*, 5, 5

⁵¹ *Vida*, 11, 4

*alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre. Es, como he dicho, amor sin poco ni mucho interés propio; todo lo que desea y quiere es ver rica a aquella alma de bienes del cielo ...*⁵².

*"Había gran envidia a los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasen mil muertes. Y así me acaece que, cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen; por ser esta inclinación que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer"*⁵³.

⁵² Camino, 7, 1

⁵³ Fundaciones, 1, 7

II

LOS RECURSOS DEL APOSTOLADO CONTEMPLATIVO

Se obra como se es. El obrar es la proyección dinámica del ser. En conceptos evangélicos, diríamos que por los frutos de la acción se conoce la condición del árbol o del ser. También los contemplativos obran como son. Sobre todo en su obrar apostólico, que es la proyección más connatural de su vida contemplativa.

Complace comprobar que los principales recursos de su eficiencia apostólica son los que definen su vida, esto es: el ejercicio perseverante del amor de Dios, con los postulados consecuentes de la oración, la penitencia y la ejemplaridad. Son apóstoles siendo de verdad contemplativos. Transfunden la vida divina a los hombres viviendo plenamente para Dios.

Complace también percatarse que el orden e interdependencia de estos recursos apostólicos, son los mismos que los jerarquiza y conecta, por su propia condición, en la vocación y vida contemplativa.

Por eso complace, sobre todo, observar y resaltar que el recurso principal y, como tal, recurso de todos los recursos, es el amor. El apostolado contemplativo, como la vida misma contemplativa, es ante todo amor, efectividad salvífica del amor. Y como el amor los hace orantes, penitentes y santos, el amor dinamiza con su apostolado la oración, el sacrificio y todo el obrar virtuoso de su vida.

Nos incumbe ahora declarar la virtualidad apostólica de estos veneros de la vida contemplativa que hace de ella, al decir del Concilio, "hontanar de gracias celestiales"⁵⁴. Reparemos por su orden en el amor, la oración, la penitencia y la ejemplaridad.

1.- APOSTOLADO CONTEMPLATIVO DE AMOR

Siempre hemos extrañado y nos parece debido denunciado, que no se enumere y anteponga expresamente el amor como recurso especial, entre los que se suelen atribuir al apostolado contemplativo. Quizás se hace así por considerarlo como impulsor de todos los demás; y, ciertamente, es una función general que se le ha de reconocer; pero, lejos de justificar la preterición de su propia eficiencia apostólica, fuerza a ponerla más de relieve, puesto que es precisamente la superioridad de su peculiar actuación la que le confiere su necesaria intervención universal. Nos hallamos ante una verificación relevante de la especialidad y de la generalidad de la caridad teologal; virtud especialísima, como lo es el bien divino a que se ordena, es por eso mismo virtud que subordina a su altísimo bien los bienes de todas las otras virtudes. Por ello, además de su propia y elícita actuación dilectiva que realiza por sí misma, le corresponde una influencia imperativa con la que sobreeleva a Dios los actos de todas las otras virtudes⁵⁵.

Decimos, pues, que el amor teologal, es la primera y la principal y la más eficaz contribución apostólica de las almas contemplativas. Todas estas preeminencias le son adjudicadas unánimemente a la caridad en todo el ámbito de la vida cristiana y espiritual. ¿Por qué dejarían de pertenecerle en el campo importantísimo de su actuación apostólica, esto es, en la redundancia de la actividad caritativa sobre la vida de la Iglesia, en acrecentamiento vital de los que ya son sus hijos y atracción o cristianización de los

⁵⁴ PC. n. 8

⁵⁵ Cf. Santo Tomás, 2-2.q.23,a. 4 y 8

que todavía no lo son? Recomendando la valoración, nunca bastante, de la caridad, escribía Pablo VI: "Nos pensamos con nuestros predecesores y con la corona de los santos que nuestra época ha dado a la Iglesia celestial y terrestre, y con el instinto devoto del pueblo fiel, que la caridad debe hoy ocupar el puesto que le corresponde, el primero, el más alto, en la escala de valores religiosos y morales ..."⁵⁶.

Le corresponde también y por similares títulos, el primero y el más alto puesto entre los valores de todo apostolado y más del apostolado contemplativo.

Excelentísima o máxima virtud proclama la Teología a la caridad⁵⁷. Jesús había dicho que era el máximo y primer mandamiento⁵⁸. Pablo que era la mayor virtud y el mejor camino⁵⁹. Es tan sumamente buena porque comparte con Dios el amor de su infinito bien, siendo como es "una participación infundida en nosotros del Espíritu Santo que es el Amor del Padre y del Hijo"⁶⁰. Eleva, pues, y adentra la caridad al corazón humano en el corazón mismo de Dios, y con el corazón concentra en El toda la vida humana. Por ella se cumple la unión y mutua inmanencia de Dios en nosotros y de nosotros en Dios. Unión, que es apoderamiento, asimilación, identificación con el bien divino y por ende, conformación, deiformación, transformación en Dios. De aquí la común doctrina de que la perfección cristiana o divina consiste principalmente en la caridad. Ella, efectivamente, la constituye como unión habitual y permanente con Dios, bien infinito,

y ella la incrementa y la agranda sin término, porque es con su actividad dilectiva, más y más asimilativa de ese infinito bien. Cristo reiteró la anticipada y amorosa invitación profética de la Sabiduría: "El que tenga sed, venga a Mí y beba"⁶¹. Es la caridad la que suscita la sed del agua divina en los corazones humanos y es la misma caridad la que les da acceso a beber esa agua viva en el corazón de Dios. Bebida vitalísima que los convierte a ellos mismos en manantiales y hasta en ríos fluyentes de la vida de Dios⁶².

Toda esta principalidad divina y divinizadora pertenece de lleno a la caridad que vivifica y fecunda a la comunidad eclesial: pero pertenece en mayor grado a quienes más y mejor la poseen y activan en la Iglesia y pertenece por título e invitación especial a quienes han sido y han consentido ser elegidos para la "mejor parte", que lo es sin duda alguna la vocación de amor o de contemplación. No es de extrañar que por esta función de amor en el Cuerpo Místico de Cristo hayan sido considerados los contemplativos como *corazón de la Iglesia*. Es célebre, y no se puede omitir aquí, la inquieta pesquisa con que Santa Teresita descubrió su misión vocacional en el corazón mismo de la Iglesia:

"La Caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos; comprendí que tenía un corazón y que este corazón estaba abrasado de amor; comprendí que el amor únicamente es el que imprime movimiento a todos los miembros, que si el amor llegase a apagarse, ya no anunciarían los apóstoles

⁵⁶ Enc. *Ecclesiam suam*, n. 52. Ed. BAC

⁵⁷ Cf. Santo Tomás, 2-2,q.23.a.6

⁵⁸ Cf. Mt. 22, 37-40

⁵⁹ Cf. 1 Co. 12, 31; 13, 13

⁶⁰ Santo Tomás, 2-2,q.24,a.2; Cf. Ib.a.5 ad 8

⁶¹ Jn. 7, 37

⁶² Cf. Jn. 4, 14; 7, 37-38

el Evangelio, y rehusarían los mártires derramar su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares porque es eterno.

Y exclamé en un transporte de alegría delirante: "¡Oh Jesús, Amor mío, al fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, halé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar ¡oh Dios mío! que me habéis señalado Vos mismo: en el corazón de mi Madre la Iglesia, seré el amor... sí lo seré todo; así se realizarán mis ensueños"⁶³.

La verdad intuida por Santa Teresita es la suma y la universal eficacia del amor en la vida de la Iglesia y, por tanto, en su misión apostólica y salvadora. El Concilio Vaticano II nos da a su modo esta misma enseñanza: "El amor hacia Dios y los hombres, dice, es el alma de todo apostolado"⁶⁴. Es, en efecto, el amor, animador, impulsor, energizador de todo el intento, de todo el empeño, de todo el esfuerzo apostólico, cuyo objetivo y cuyo logro substancial no es otro que el conocimiento y el amor de Dios en Jesucristo; el reconocimiento, la aceptación, la correspondencia de los hombres al amor con que Dios ha querido amarlos, haciéndolos hijos suyos en la hermandad de su Unigénito.

Con razón, pues, pensamos y decimos que es el amor vocación de vocaciones y particularmente apóstol de todo apostolado⁶⁵. Con la misma razón debemos decir que los principales apóstoles y hasta los apóstoles de los apóstoles, son en la Iglesia los más fervientes en el amor teologal. La predicación es el mensaje, y los predicadores los mensajeros del amor divino. La voz de los que predicán es el eco de las aspiraciones de los que aman.

Esta es la necesidad, la importancia, la eficacia decisiva del amor, y por tanto de las vocaciones de amor o de contemplación en la Iglesia. Es una necesidad y una influencia decisiva. Pablo VI aprovecha toda oportunidad para testimoniar la gran significación y eficacia eclesial de la vida contemplativa. He aquí una testificación elocuente: "No están olvidadas ni separadas (las comunidades contemplativas) de la comunión de la Iglesia de Dios, sino que antes bien, constituyen su corazón, alimentan su riqueza espiritual, subliman su plegaria, sostienen su caridad, condividen sus sufrimientos, sus fatigas, su apostolado, sus esperanzas, acrecientan sus méritos"⁶⁶.

Es la universal y maravillosa influencia que les atribuye el Concilio Vaticano II: "Dilatan, dice, al pueblo de Dios con misteriosa fecundidad apostólica"⁶⁷.

Esta misteriosa fecundidad la poseen las almas verdaderamente contemplativas, por la intimidad y el ardor de su amor que hace de su corazones, unidos el de Cristo,

⁶³ *Historia de un alma*, cap. 11

⁶⁴ A.A. n. 3

⁶⁵ Una ilustre representante de esta vocación de amor, la reivindica cálidamente: "Dios -dice- tiene derecho a poner en el alma de muchos una vocación donde se fabrique amor a gran escala, amor desinteresado, amor sin medida para lanzarlo sin precio, Amor, mucho amor para repartido entero, gastándolo todo sobre cada hombre, sobre cada asunto, sobre cada problema. Dios tiene derecho a dar esa vocación especializada en fabricar amor sin concreciones y sin condiciones. Dios tiene derecho a regalar al mundo una vocación de amor, ofreciéndole sin número ni medida amor a fondo perdido para que lo recoja quien pase. Para que, al pisarlo los hombres, noten que algo está ocurriendo en su existencia, aunque no sepan lo que es" (Sor Teresa María Ortega, O. P. *Sí, Dios*. Ed. OPE, Guadalajara, 1973, p. 99-100).

⁶⁶ *Homilía*, 2 de febrero de 1966

⁶⁷ PC. n.7

verdaderos focos de luz, de calor y de vida, desde el corazón mismo de la Iglesia. Por la preeminencia de su amor, de su entrega, de su convivencia, de su cooperación, de su fidelidad a Cristo, merecen ser llamadas, por antonomasia, estas almas: *esposas de Cristo*. Y no es título meramente honorífico, sino significativo de lo que ellas son en la Iglesia para Cristo y de lo que Cristo es en ellas y por ellas para la Iglesia. En su condición de verdaderas esposas, les incumbe, como les recordó Pío XII, "todo lo que atañe al honor de su Esposo y al bien de las almas"⁶⁸.

La comunión de amor y de bienes conlleva una comunidad de intereses. Estas almas, desposadas con Cristo, único amor de su vida, no tienen otros intereses que los de Cristo. Santa Teresa oyó de labios de Jesús: "De aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios *mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía*. Mi honra es ya tuya y la tuya mía"⁶⁹. Celan efectivamente estas almas-esposas el honor o el reino de Cristo. Pero su amorosa solicitud apostólica está valorada por su misma sponsalidad, es decir, por la privanza y valimiento excepcional que tienen con Cristo. Es Él quien las asocia excepcionalmente a su amor redentor. Es Él quien hace poderosas con su gracia las anhelantes solicitudes salvíficas, que El mismo les inspira, con las que El mismo quiere ser ayudado, La omnipotencia de Cristo está comprometida en el amor apostólico de estas almas. "Me dijo nuestro Señor, refiere Santa Teresa, que, pues era su esposa, que le pidiese que todo me lo concedería"⁷⁰. Le dijo más: "Ya sabes el desposorio que hay entre ti y Mí; y, habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo"⁷¹. Santa Catalina hará valer sus derechos de esposa: "¿No sois Vos el que me ha dado este amor por las almas? O me lo quitáis o

concededme lo que para ellas os pido"⁷². Es célebre el famoso "lo voglio ("Yo quiero"), última apelación de sus instancias amorosas ante Jesús, que tiene su explicación y justificación en esta conciencia del ilimitado poder del amor ilimitado: del amor sponsal. Era decir: Yo quiero que lo hagas, porque tú quieres que yo lo quiera para hacerlo"⁷³.

Es, pues, el amor recurso supremo de apostolado. Ciertamente que todo lo da y todo se da, quien de verdad da todo su amor. Por eso la solicitud del amor, deriva en tantas solicitudes cuantas requiere su facilitación y cumplimiento. Pero *importa mucho entender* que la caridad teologal, por ser amor del bien supremo, es valor y eficacia suprema, y que si en razón de esta supremacía, ama todos los bienes y moviliza todas las virtudes y se multiplica en innumerables obras, en todos los bienes es supremo bien, en todas las virtudes es suprema virtud, en todas las obras es obra suprema, su amor.

Debemos precavernos contra la frecuente equivocación de medir la bondad y el mérito de las acciones por su laboriosidad o por su efectividad externa, olvidando que la mejor acción, por el bien a que se ordena, y la más meritoria por la virtud de que procede, y la más eficaz por la gracia que la impulsa, es el amor caritativo. El mérito consiste en la voluntaria o libre ordenación al bien divino de nuestras acciones, y esta ordenación, es función propia de la caridad que se da connaturalmente en sus propios actos y se da, por su influencia teologal divinizadora, en los actos de las demás virtudes.

⁶⁸ Const. Apost. *Sponsa Christi*, n. 38

⁶⁹ *Relaciones*, 35, 2

⁷⁰ *Relaciones*, 38

⁷¹ *Relaciones*, 51

⁷² Cit. por Royo Marín, *Doctoras de la Iglesia*, BAC, 1970. p. 145

⁷³ Cf. A. Morta, *Obras de Santa Catalina*. El Diálogo, BAC, 1955, p. 65-70; cf. Santa Teresa, *Vida*, 39, 5; 34, 7-8.

Por eso, los actos de caridad son meritorios por sí mismos y tanto más cuanto más intensos o fervientes y, en cambio, las otras acciones virtuosas son más o menos meritorias en proporción con la caridad que las anima. Hasta las mayores de ellas carecerían de valor ante Dios, si no están motivadas por la caridad⁷⁴. "Si repartiera toda mi hacienda y entregara mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha"⁷⁵.

Todo esto va dicho en recomendación del ejercicio del amor divino en todos, y en defensa de la *vacación a El* de los contemplativos, por ser cierto que, en todos, lo más necesario y valioso es el amor⁷⁶; y que, por eso mismo, es necesarísimo y valiosísimo en la vida y en la misión de la Iglesia, el amor de los contemplativos.

Vine a punto la grave y luminosa reconversión de San Juan de la Cruz:

"... Es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas ... De donde cuando alguna alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia, si, aunque fuese por poco espacio, la quisieran ocupar en cosas exteriores o activas, aunque fuesen de mucho caudal... Advertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradecerían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estar con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alto como ésta. Ciertamente entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella..."⁷⁷.

Añade el Santo que todos aquellos que quieren que "todo sea obrar, que luzca e hincha el ojo de por fuera, no entienden *la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo el fruto*"⁷⁸.

Contemplación y acción, amar y obras son menester. Pero, bien entendido, que la contemplación y el amor no sólo no estorban la acción y sus obras, sino que las sostienen, las vigorizan y las fecundan. "Si el amor se apagara, pensaba Santa Teresita, los apóstoles no anunciarían el Evangelio, los mártires rehusarían verter su Sangre, .."⁷⁹. Por eso, ella veía su vocación eclesial en "amar por los que combaten"⁸⁰. El amor es la vida y la fuerza de la Iglesia, Las almas dedicadas en ella al amor, son las garantes principales de su vitalidad y de su fortaleza.

⁷⁴ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, 1-2, q. 114, a. 4; 2-2, q. 182, a. 2, 2-2; q. 27, a. 8

⁷⁵ 1 Co. 13, 3

⁷⁶ Escribe la inspirada autora J. Pastor: "Quien quiera dar a Dios algo digno de Él, cuide de que a sus ofrendas vaya siempre unido el amor. Y cuando nada tenga que ofrecerle, dé sólo amor y quédese tranquilo, pues *en el amor está todo. El don más grande que puede hacer un alma pobre a Dios es ofrecerle el vacío de su abismo para que Él pueda llenarlo de su amor.* Entonces, sólo entonces podrá el alma ofrecer a su Creador un don perfecto, todo su tesoro. Ese tesoro que le concede oír de la divina boca de Jesús las mismas palabras que dijo a la viuda del Evangelio: *Ha dado todo lo que tenía, porque ha dado todo su amor*" (*La santidad es amor*. Salamanca, 1973, p. 60).

⁷⁷ *Cántico espiritual*, 29, 2-3

⁷⁸ *Ib.*, n. 4: "Es necesario que haya almas ocupadas únicamente en beber de esta fuente de lo Alto. Por ellas, luego, el agua viva del amor y su gusto divino llegan a aquellos cuya vocación comporta más actividad. La contemplación es como una bomba aspiradora e impulsora que atrae el agua y la hace pasar a los canales. Si la contemplación cesase del todo, se secarían los corazones. Así, pues, el amor del prójimo y el de Dios obliga al contemplativo a permanecer junto a la fuente divina" (Raïssa Maritain, *Journal*, p. 27. Citada por J. Maritain, *Le paysan de la Garonne*. Desclée de Brouwer, París, 1966, p. 323).

⁷⁹ *Historia de un alma*, cap. 11

⁸⁰ *Ib.*

2.- APOSTOLADO CONTEMPLATIVO DE ORACIÓN

Con ser la oración necesidad, obligación y práctica tan común de todos los cristianos, hay un general y tácito consenso en considerada como ejercicio y competencia muy especial de los religiosos y mayormente de los contemplativos. Estos son conceptuados como orantes por vocación. Como profesionales de la oración. De ahí que se acuda y se encomiende preferentemente a ellos cuanto se precisa alcanzar de la oración y tanto más cuanto más importante es¹⁰ que se pretende y espera conseguir de Dios. La oración, pues sería el gran poder intercesor e impetratorio de los contemplativos. Por esto mismo, suele ser el que se reconoce, señala y pondera como su primer recurso apostólico.

¿Disentiremos nosotros de este general parecer, por haber establecido que su primera y máxima aportación apostólica es el amor? Acaso podamos salvar el acuerdo si esclarecemos y concordamos los conceptos. El de la oración suele tener una significación amplia de comunicación teologal y religiosa con Dios, y otra más restringida de suplicación e impetración de las gracias y bienes que necesitamos de la divina bondad. En el primer sentido la oración es como órgano o cauce de toda la convivencia y relación del hombre con Dios, en Jesucristo, en la que intervienen, junto con la religión, todas las virtudes que posibilitan y actúan la comunicación del hombre con Dios, especialmente las virtudes teologales y más particularmente la caridad, amor amistoso filial con Dios y, como tal, exigencia de trato, de conversación, de intimidad y de los más variados y entrañables sentimientos y aspiraciones del corazón cristiano. Es claro que en esta inteligencia, es decir, en cuanto la oración significa toda la comunicación teologal y religiosa del hombre con Dios, incluye también y, sobre todo, al amor, aunque permanece inconcuso que la caridad, como máxima virtud, posee la máxima virtualidad y aporta la máxima eficacia apostólica, como ya explicamos.

Entendida la oración en su sentido de plegaria o demanda de beneficios divinos, es de suyo actividad y ejercicio propio de la religión, y no de la caridad. Sin embargo, la caridad es su principal impulsora y avivadora, ya que las súplicas son como intérpretes de los deseos caritativos⁸¹. Por esta razón, dice Santo Tomás, que "la causa de la oración es el deseo de la caridad"⁸².

Es, pues, la oración impetratoria una actuación virtuosa distinta del amor, pero que puede y debe realizarse por su impulso y bajo su influencia. Cuando así acaece, es un amor suplicante o, más bien, una suplicación amante. De esta oración deprecatoria y de su eficacia apostólica en la vida contemplativa tratamos ahora.

Por supuesto que la oración, como todos los valores cristianos, es, ante todo, un valor eclesial, perteneciente a todos en la Iglesia y diferentemente apropiable y poseíble por cada uno en ella, según su distinta gracia y correspondencia.

Para la Iglesia y para todos en ella, la oración es, luego del amor y con el amor, la más obligada y la más efectiva y fructuosa exigencia. La gratitud, la alabanza y la súplica a nuestro Creador y Providente, nos son tan naturales como lo es nuestra condición de creaturas. Le debemos agradecimiento por el bien que tenemos: necesitamos pedirle el bien

⁸¹ Santo Tomás, 2-2, q. 83, a. 1 ad 2; a. 9.

⁸² Ib. q. 83, a. 14.

que nos falta. Pero esta ley de naturaleza, la ha hecho Dios *ley fundamental en la economía y providencia sobrenatural de la gracia*. Es una de las enseñanzas y prescripciones más insistentemente repetidas y promulgadas por Jesús, plasmada en su perentoria consigna: "Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán. Porque quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre"⁸³.

Consigna fielmente transmitida por los apóstoles a la Iglesia, fielmente mantenida en su perenne tradición, y fielmente vivida por ella, que reconoce en la vida cultural o de oración su máximo deber en relación con Dios, en Jesucristo, y su máximo recurso en su misión cristianizadora de los hombres. No es caso de documentar ahora estas afirmaciones. Aduciremos sólo el fehaciente testimonio del Papa actual:

*"Escuchemos las palabras de esta gran asamblea de los Pastores de la Iglesia Católica, que nos dice el primer deber, la primera reforma, el primer anuncio al mundo: ¡Es necesario orar bien! ... La autoridad de la Iglesia en su más solemne expresión ha dado también esta vez, la importancia principal y superior a todas las demás posibles manifestaciones del organismo eclesial, a la oración, es decir, al diálogo con Dios, a la actividad propiamente religiosa y espiritual... ¿Qué os repite el Papa, qué el ejemplo del Concilio? Orad, orad bien, orad con la Iglesia, orad con el sacerdocio, que en la santa liturgia tiene el poder de representar a Cristo, más aún, de hacerle misteriosamente presente y operante ..."*⁸⁴. Aloc. 11 dic. 1963.

Dios, que dignifica a todos los seres con una actividad que coopera al bien de la creación y a la obra de su Providencia, ha dignificado a los hombres con múltiple cooperación a sus designios salvadores en la providencia de la gracia, y muy principalmente con el concurso de nuestros deseos a la concesión de sus beneficios. De este modo ha hecho de la oración un factor poderosísimo y eficazísimo de la Historia de la salvación, en colaboración a sus planes misericordiosos. Podemos decir sin hipérbole que el mayor poder del mundo es la oración y el

hombre más poderoso el que mejor ora. Debemos también pensar que la superación de los mayores peligros, el remedio de los peores males, la obtención de las mejores gracias están pendientes de la oración. Dios ha querido hacer depender las intervenciones de su bondad y de su omnipotencia a las solicitudes e instancias previas de la intercesión impetratoria. Dios no suele dar lo que no está adecuadamenteorado. Por lo mismo, puede darse por alcanzado lo que está suficientemente pedido. Es la oración la que abre los caminos a la gracia. La victoria de la gracia se gana hablando con las almas, de Dios; pero, sobre todo, hablando con Dios de las almas.

Se impone, pues, convenir que el bien del mundo, el reino de Dios, el éxito de la misión salvífica de la Iglesia proviene principalmente de la oración de los justos. Las almas orantes aportan la más eficaz contribución a la obra apostólica de la Iglesia.

Con esto, es ya patente la que corresponde a los religiosos contemplativos, orantes por excelencia, orantes por vocación, orantes por especial cometido providencial. La Iglesia es consciente y no cesa de atestiguar la contribución que necesita y que recibe de estos hijos suyos, dedicados a la "oración asidua", centinelas perpetuos de sus divinos intereses. Recordemos para estímulo de ellos y aleccionamiento de los demás, algunos de estos testimonios:

- Concilio Vaticano II:

⁸³ Mt. 7, 7

⁸⁴ Aloc. Clausura II Conc. Vat. II, 4 de diciembre de 1963

"Los Institutos de vida contemplativa tienen importancia máxima en la conversión de las almas con sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones, porque es Dios quien, por la oración, envía obreros a la mies (Mt 9, 38), abre las almas de los no cristianos para escuchar el Evangelio (Hech 16, 14), y fecunda la palabra de salvación en sus corazones (Cf. 1 Co. 3, 7)"⁸⁵.

- Pío XI:

"Aquellos que con celo asiduo se entregan a la oración y a la penitencia contribuyen al progreso de la Iglesia y a la salvación del género humano, mucho más que los obreros dedicados a cultivar el campo del Señor, porque, si aquéllos no hiciesen descender del cielo la abundancia de las gracias divinas para regar este campo, los operarios evangélicos no conseguirían en su trabajo sino escasos frutos"⁸⁶.

- Juan XXIII:

"Desde aquí nos place enviar un saludo especialmente paternal a nuestras amadas hijas, a quienes la vida del claustro retiene en las casas de Roma y del mundo. A las religiosas de clausura corresponde la primacía en el servicio de Dios, que es plegaria incesante, desprendimiento absoluto de todo y de lados, amor al sacrificio, expiación por los pecados del mundo ..."⁸⁷.

"En más de una ocasión hemos hablado de la fecundidad de la vida religiosa escondida; y, puestos ahora los ojos en Sta. Teresa de Jesús, nos complacemos en reafirmar que la Iglesia, aun teniendo en mucho las obras de apostolado tan urgentes en estos tiempos, otorga, con todo, la máxima importancia -ahora mismo, cuando bulle la actividad humana- a la vida consagrada a Dios y entregada a la contemplación de las cosas celestiales. Y es que el verdadero apostolado consiste propiamente en participar en la obra de Cristo, cosa imposible si no es aplicándose a la oración y al sacrificio... de ahí que, quien se afane por ser fiel a este concepto íntimo de la obra redentora de Cristo, aun cuando se abstenga de toda actividad externa, ejerce de hecho el apostolado de modo eminente"⁸⁸.

- Pablo VI:

"Vuestra vocación monástica requiere la soledad y la clausura; pero por ello mismo no debéis consideraros nunca aisladas y sustraídas a la solidaridad con toda la Iglesia. No estáis separadas, decimos, de la comunión eclesial. Sois distintas para atender al diseño especial de vuestra vida religiosa. Más aún, debéis alimentar esta vida religiosa con la teología sobre la Iglesia, cual la ha ilustrado el Concilio: debéis conocer algo de los hechos que hoy interesan a la Iglesia: su ordenación, su renovación, su esfuerzo por la paz y el orden en el mundo, su ansia apostólica y misionera, sus sufrimientos siempre enormes y dramáticos en muchas regiones del mundo, su aspiración insomne y amorosa por el reino de Dios, y tenéis que traducir en oración y penitencia las grandes causas de la Iglesia. Mirad si tenéis asegurado vuestro puesto en su corazón. Vuestra misión os hace precisas y predilectas a su corazón ..."⁸⁹

⁸⁵ AG. n. 40

⁸⁶ Const. Apost. *Umbratilem*, AAS 16 (1924), 385

⁸⁷ *Disc. Sínodo de Roma*, 29 de enero de 1960. AAS 52 (1960), 279

⁸⁸ Carta Apost. *Causa praeclara*, AAS 54 (1962), 566

⁸⁹ *Aloc. Abadesas benedictinas*, 28 de octubre de 1966

¿Cabe más autorizada y más viva proclamación de la eficacia apostólica de la oración y, por tanto, de las almas dedicadas a ella por peculiar vocación eclesial?

Títulos de eficacia

Los principales títulos que acreditan la influencia excepcional de la oración de estas almas son, a nuestro entender, la asiduidad y perseverancia, la privilegiada ordenación providencial y la motivación caritativa.

La ley evangélica de la oración es a la vez una *ley de insistencia*. Es relevante enseñanza del divino Maestro, que "es preciso orar sin desfallecer"⁹⁰. No llega al término quien desfallece en el camino. La distancia que ha de recorrer la oración hasta llegar a la mano dadivosa de Dios, está prefijada por la providencia. La garantía de éxito está en la perseverancia. De ahí la consigna de Jesús: "Pedid..., buscad..., llamad...". La *asiduidad* que caracteriza a la oración de los contemplativos, justifica la seguridad que se atribuye y la confianza que se otorga a sus plegarias. Son los que más consiguen porque son los que más oran.

Pablo VI reflexiona que (los contemplativos) "se han entregado a sí mismos a esta clase de vida tanto para estar en continua conversación con el Señor, como para poder captar mejor su voz, y para manifestar esta nuestra pobre voz humana con más pureza y mayor intensidad. Habéis hecho de esta relación entre el cielo y la tierra el único programa de vuestra vida..."⁹¹

En esta "continua conversación" con el Señor, que practican en unión y como representantes de la Iglesia a través de las celebraciones litúrgicas, destacan de manera prominente; ya hemos señalado su gran importancia en la misión de la Iglesia. En estos actos de culto, la Iglesia entera, y muy especialmente los contemplativos (los verdaderos profesionales de la vida litúrgica) tienen la mayor oportunidad para la comunicación teológica y religiosa con Dios. Sobre todo estos religiosos, por su gracia vocacional, son una viva y personal concreción de la adoración de la Iglesia, de la oración de la Iglesia, de la intercesión de la Iglesia. En ella el beneficio intercesor y el poder impetratorio de sus oraciones se potencia en proporciones indefinible.

También es ponderable *la especial "providencialidad"* de la oración de estas almas. Porque, si es indudable que Dios ha previsto y preordenado la importantísima concurrencia causal de la oración en la economía de la gracia⁹², no es menos cierto que ha previsto y preordenado el efectivo cumplimiento de esta causalidad, escogiendo, predestinando y capacitando especiales realizadores de esta eficiencia salvífica⁹³.

¿Cómo no reconocer en la gracia especial de las vocaciones contemplativas una singular designación divina de estos privilegiados cooperadores de la providencia? Toda vocación cristiana es vocación de culto y de oración; pero lo es, sin duda, en grado excepcional, la de los cristianos contemplativos que han sido llamados a una vida de oración. Estas vocaciones contemplativas están especialmente seleccionadas por Dios en la comunidad eclesial para dar indefectible ejecución a la ley providencial de la oración, asegurando con su fiel colaboración los beneficios divinos que Dios ha querido

⁹⁰ Lc. 18, 4

⁹¹ *Aloc. Monjas Camaldulenses*, 23 de Febrero de 1966.

⁹² Cf. Santo Tomás, 2-2, q. 83, a. 2.

⁹³ Cf. Id. 1, q. 19, a. 8; q. 22, a. 2; q. 23, a. 4.

vincular a la humilde e insistente presión suplicante de la Iglesia. Es igualmente claro que esta privilegiada preordenación divina de la intercesión de los contemplativos, conlleva una privilegiada eficacia de sus plegarias. La santa y perseverante voluntad con que estas almas reclaman las bondades divinas, responde a la divina y eterna voluntad con que Dios

quiso conceder sus gracias y favores a sus piadosas instancias.

Reflejo y efecto de este eternal designio divino es el entrañable interés que las almas contemplativas sienten por el bien de la Iglesia y la irresistible impulsión que muchas veces las apremia a su consecución con instantes e incansables demandas. Así le acaecía a Santa Teresa, quien también refiere el asombro con que comprobaba el resultado favorable de sus peticiones⁹⁴.

Viene a punto y confirma esta reflexión la sabia explicación de Santo Tomás: "...Se dice que la predestinación es ayudada por las oraciones de los santos y por otras obras buenas, porque la Providencia, de la que forma parte la predestinación, no prescinde de las causas segundas, sino que provee a su efectos en forma tal, que incluso el orden de las causas segundas está comprendido en sus planes. Por tanto, así como Dios provee a los efectos naturales de modo que tengan también causas naturales, sin las cuales no se producirían, de la misma manera predestina la salvación de alguien de tal modo, que bajo el orden de la predestinación queda comprendido todo lo que promueve la salvación del hombre, bien sean sus propias oraciones, bien las de los demás, bien las obras buenas o cualquiera de las cosas sin las cuales no se alcanza la salvación. *Y he aquí por qué los predestinados deben poner empeño en orar y practicar el bien, pues de esta manera se realiza con certeza el efecto de la predestinación, y por esto dice San Pedro: "Procurad, por vuestras buenas obras, hacer cierta vuestra vocación y elección"*⁹⁵.

¡Qué incomparable estímulo para la fidelidad de los contemplativos y qué incomparable motivo de estima de su vocación en la Iglesia!

La motivación caritativa

Es también de pensar que las oraciones de los contemplativos posean una mayor eficacia en cuanto es presumible que estén animadas de mayor caridad. Es en efecto la caridad la que nos obliga a todos a rogar por los demás y no sólo por nosotros, como nos obliga a desear y procurar el bien de los demás y no sólo el nuestro⁹⁶. Por eso el Maestro nos enseñó a invocar a Dios como "Padre nuestro" o de todos, y no como "Padre mío" o de cada cual. Es, pues, la oración por los hermanos una exigencia de la caridad fraterna y, por tanto, una exigencia tanto mayor cuanto más intensa es en cada uno la caridad.

En esta inteligencia, parece fundado aplicar a los santos o más perfectos en la caridad, aun viadores, el razonamiento de Santo Tomás sobre la oración de los santos ya bienaventurados. Dice así: "Cuanto los santos del cielo son más perfectos en la caridad, tanto más oran por los viadores que pueden ser ayudados por sus oraciones; y cuanto son

más íntimos a Dios, tanto sus oraciones son más eficaces"⁹⁷.

Resulta, pues, de la doctrina del Doctor Común:

⁹⁴ Cf. *Camino*, 1, 2; *Vida*, 39, 5-6; 34, 7ss

⁹⁵ 1, q. 23, a.8, c

⁹⁶ Cf. 2-2, q 83, a.7

⁹⁷ Ib. a. 11

1º. Que cuanto un cristiano es más caritativo o más santo, tanto más ora por sus hermanos necesitados.

2º. Que cuanto es más caritativo o santo, tanto es mayor su intimidad con Dios y, por ende, más poderosa su intercesión.

En la medida, pues, en que los contemplativos lo sean de veras, sobresaldrán en amor y santidad y por consiguiente en unión, en intimidad y en influencia con Dios. En esa misma proporción de caridad, orarán más y mejor, y sus plegarias serán de mayor valimiento y eficacia impetratoria.

Y una vez más sorprendemos la trascendencia eclesial de la vocación contemplativa. Cuanto las almas contemplativas sean más enteramente de Dios, tanto más amplia y provechosamente serán de todos los hombres, sus hermanos⁹⁸.

3.- APOSTOLADO CONTEMPLATIVO DE SACRIFICIO

El amor cristiano es tan inseparable de la cruz como lo fue el de Cristo. El amor que llevó a Cristo a la cruz lleva a los cristianos a la conrucifixión. El amor que exigió los padecimientos y la muerte de Cristo como precio de redención y de inmortalidad, comunica esa misma exigencia y esa virtud corredentora e inmortalizadora a las penalidades y a la muerte de los cristianos⁹⁹. El penar y el morir humanos no son fruto del amor, sino de la naturaleza y del pecado. Pero, asumidos por el amor de Cristo, fueron redentores y vivificadores en El y lo son también por su gracia en quienes los conllevan con su mismo amor.

Es, pues, la vida cristiana una vida crucificada con Cristo. Son la gracia y la caridad las que la conrucifican. Por eso se da una proporción indefectible entre el grado de gracia, el vigor de la caridad y el espíritu de abnegación o de sacrificio. Ya dijimos antes que la Iglesia vive urgida por el amor de la cruz y el afán redentor de Cristo en la medida misma de su identificación con El. Y lo que se dice de la Iglesia ha de decirse de cuantos la integran, en el grado mismo en que comparten y personifican su vida. El llamado y comprometido a ser más plenamente cristiano: a vivir más efectiva y perfectamente su condición de bautizado, está, por el mismo hecho y derecho, llamado y comprometido a más auténtica caridad, a más perseverante oración, a más sincera y generosa abnegación. Y a todo ello con el doble e inseparable empeño de cristianizar su propia vida y la de todos los hombres, corredimidos con él.

⁹⁸ No queremos dar a entender que la eficiencia impetrativa de la oración esté condicionada y medida por el mérito del orante. La oración deprecatoria, aunque no excluye el mérito y, por ende, el *título de justicia*, en cuanto animada de caridad, se dirige de suyo a la misericordia y a la liberalidad divina y, por tanto, puede impetrar mucho más de lo que merece y aun sin merecimiento, pues no se mide por la bondad del que ora, sino por la bondad de Dios. Esto no obsta a que la caridad del orante contribuya al valimiento de la oración, según hemos indicado. Con precaución hemos evitado hablar de merecimiento, pues hablamos de la oración por los demás, respecto de los cuales nuestro mérito no es propiamente tal o de equidad, sino solamente de amistosa conveniencia.

⁹⁹ "Nosotros -escribe el P. Regamey- somos los colaboradores de Dios. No acertamos a entender: no creemos como es debido en la realidad de lo que nuestra acción aporta a la obra divina. En el plan divino, estamos previstos desde toda la eternidad como verdaderos complementos de Cristo, en los que Él renueva todo su misterio, y sin los cuales Él no redime a todos los que debe redimir. La ley de la comunión de los santos es de tal manera esencial a la Humanidad regenerada, que podemos estar seguros, cuando tenemos que sufrir, que nuestras penas no están ordenadas solamente a nuestra salvación, sino también a la de nuestros hermanos: a la santidad común de la Iglesia ... " (*La cruz del cristiano*. Edic. Rialp, Madrid, 1961, p. 150).

Es tan fácil como ineludible aplicar esta escala de urgencia cristiana a la vida religiosa contemplativa. Como cristianos, pretenden los contemplativos la más alta perfección de la vida cristiana; como religiosos, pretenden la más alta perfección de la vida religiosa. Profesan, pues, la más exigente vida cristiana y religiosa. A su preeminencia, ya comentada, en la vida y en el apostolado del amor y de la oración, ha de corresponder la preeminencia en su vida y en su apostolado de sacrificio, que ahora comentamos y que está refrendada por la atestiguación de la misma Iglesia. El Concilio enumera como dimensión constitutiva de su vocación la "generosa penitencia"¹⁰⁰. San Pío X decía en Carta al General de los Carmelitas Descalzos: "En verdad que escogen una profesión de vida nunca suficientemente alabada aquellas mujeres que prefiriendo la desnudez de la cruz a las riquezas, halagos y delicias del mundo, se encierran en el silencio del recinto sagrado, *se inmolan, como víctimas gratas a Dios, en el ara de la penitencia cristiana por el fuego de la caridad, y aunque ignoradas en este mundo, no cesan de implorar día y noche la salvación de los hombres ...*"¹⁰¹.

Pablo VI manifiesta: "Es de considerar la relación de caridad sobrenatural que siempre os une al Cuerpo Místico, relación confirmada por vuestra vigilante oración y vuestro perseverante sacrificio en favor de todos los hermanos, en favor de todo el mundo: *relación magnífica, relación misteriosa, activa, que os hace, en cierto sentido, delegadas para el diálogo con Dios y para la expiación de parte de la familia cristiana y humana, a la que no dejáis de pertenecer...*"¹⁰².

De aquí que Pío XII señalara entre los modos principales del apostolado de las monjas contemplativas: "*El espíritu de sacrificio, de tal modo que a las mortificaciones provenientes de la vida común y de la fiel observancia regular, se añaden otros ejercicios de abnegación propia, ya prescritos en las Reglas o Constituciones, ya enteramente voluntarios, con los cuales se completa lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia.*"¹⁰³.

Oportunidades de apostolado penitencial

Ya están indicadas en el pasaje recién citado de Pío XII. Pero conviene un repaso algo más pausado. A las monjas dominicas les prescriben sus leyes que practiquen la penitencia "ante todo cumpliendo todo lo que comprende su vida"¹⁰⁴. Es, en efecto, el cumplimiento integral de la vida regular contemplativa la mayor y la mejor oportunidad de penitencia para quienes la profesan, porque a los continuos y cada vez más apremiantes reclamos del amor y de la comunicación con Dios, actuados en tan frecuentes y prologadas prácticas religiosas comunitarias y privadas; al aislamiento de la clausura y del silencio; al cumplimiento exigentísimo de los consejos evangélicos de obediencia, de castidad y de pobreza; a la austeridad y sobriedad en los medios indispensables de subsistencia, procurados con su hacendoso trabajo: suele sobreañadirse un amplio elenco de prescripciones o recomendaciones penitenciales, como ayunos, abstinencias, vigias y otros múltiples ejercicios mortificativos corporales y espirituales.

¡Copioso caudal de oportunidades abnegativas! Tan copioso, que será considerado excesivo e inviable por quien no tenga en cuenta el espíritu vocacional del

¹⁰⁰ PC n. 7

¹⁰¹ AAS 6 (1914), 139

¹⁰² *Aloc. Abadesas Benedictinas*, 28 de octubre de 1966.

¹⁰³ Const. *Sonsa Christi*, 21 de noviembre de 1950.

¹⁰⁴ *Libro de las Constituciones de las Monjas O.P.*, n. 67, ll.

amor contemplativo que lo inspira y lo rige. Sería, efectivamente, horrible este programa penitencial de la vida contemplativa, si no fuera un programa de amor: del amor cristiano en su máxima potencia y exigencia, incitado, vivificado y fortalecido por el amor redentor que llevó a Cristo a la cruz. Es Cristo crucificado por su amor redentor el que explica estas vidas concrucificadas por su mismo amor. Está incapacitado para entender estas vidas quien no entienda que la gracia bautismal hace partícipes a los cristianos de la heroicidad de la cruz y que la vida religiosa contemplativa es la más alta vocación del heroísmo cristiano¹⁰⁵. Quien las entienda así, se pecatará de que no son esclavas de la rigurosidad de una ley humana, sino libres y amantes servidoras de las demandas de un amor divino que supera y trasciende con su espíritu las concreciones literales de la ley. Sólo este espíritu de amor, desde lo hondo de los corazones, constituye la verdadera ley de estas almas. Por eso hay tantas entre ellas cuyo espíritu penitencial, impulsado por su amor de Dios y de los hombres, desborda incomparablemente los cauces regulares de penitencia, en un afán insaciable de padecer y morir con Cristo por su Iglesia. Éstas podrían decir con el Apóstol: "la caridad de Cristo nos urge, persuadidos como estamos de que, si uno murió por todos, luego todos somos muertos: y murió por todos para que los que viven no vivan para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó"¹⁰⁶. También es fórmula de su amor corredentor la de San Juan: "En esto hemos conocido la caridad, en que El dio su vida por nosotros: y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos"¹⁰⁷. Esta identificación con el amor redentor de Cristo es la que mide la generosidad corredentora de estas almas y sus aspiraciones efectivas de concrucifixión, tan insaciables como su amor a Cristo y al triunfo de su gracia divina, fruto de su sangre vivificadora.

En los sentimientos expresados por una de ellas podemos escuchar los de innumerables más que sólo Dios conoce: "Tengo hambre de sufrimientos. No puedo vivir privada del inestimable tesoro de la cruz de Jesucristo. Ven, Dios mío, Espíritu Santo, socórreme, condúceme al Calvario, clávame en la cruz de mi Dios Humanado, identifícame con El en su acto de amor supremo al Padre y a la humanidad, que redime con su muerte expiatoria"¹⁰⁸.

Este amor concrucificador de las almas contemplativas es resonancia viva en sus corazones del amor eterno que predestinó y asoció singularmente sus vidas y su misión a la vida y a la misión de Cristo. Singularmente, decimos, porque la compartición del misterio Pascual de Cristo es no sólo exigencia vital, sino la vida misma de la Iglesia y en ella de todos los cristianos. Pero tiene una verificación peculiar en las vidas cristianas elegidas por Dios para el amor exclusivo, la pertenencia absoluta, la consagración plena a Cristo. La destinación y el cometido providencial de estas vidas es revivir y complementar en grado excepcional el misterio de Cristo. A la donación corresponde la posesión. Jesús es el dueño absoluto de estas almas. El las ha invitado y ellas han consentido en vivir identificadas con El; en que sus vidas, a merced de su amor, sean

¹⁰⁵ Hagamos hincapié en la elevación y en la super-exigencia de esta vida. No es sólo una vocación difícil, sino la más difícil de las vocaciones. Hacerla humanamente fácil es falsearla y destruirla. Se equivoca de raíz quien pretenda hacer felices a las monjas con facilitaciones. Si pretendieran facilidades, no serían monjas. Un espíritu contemplativo verdadero percibe instintivamente que la vocación claustral sólo merece la pena si es penosa.

¹⁰⁶ 2 Co. 5, 14-15

¹⁰⁷ 1 Jn. 3, 16

¹⁰⁸ Sor Angeles Sorazu, *Vida espiritual*, Madrid, 1956, p. 304

puro servicio de su misterio redentor. Para ellas vivir es Cristo. Su más entrañable ambición es, como decía Isabel de la Trinidad, "ser en cierta manera una humanidad suplementaria en la que El pueda renovar todo su misterio... como Adorador, como Reparador, como Salvador"¹⁰⁹.

Este es el verdadero y profundo significado de la vocación de estas almas. No les pertenece su existencia. No tienen derecho a la menor preferencia de las condiciones y vicisitudes en que la han de vivir. Pertenece a Cristo administrar su vida como mejor convenga a las exigencias de su obra salvadora. Así lo hará en la medida efectiva de su amor, de su entrega, de su incondicionalidad. En esta misma medida reconocerán como propios estos deseos ardientes de Son Isabel: "Oh adorado Cristo mío, quiero ser una esposa para vuestro corazón... Quisiera amaros hasta morir de amor..."¹¹⁰. O aquellos otros: "Antes de morir, sueño con ser transformada en Cristo crucificado". Y los de Teresa de Lisieux: "... Soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima... Permaneceré con los ojos clavados en Ti, aunque quieras que sea por mucho tiempo: consiento en ser presa de tu amor... Espero que un día te abalanzarás sobre mí, y arrebatándome hacia el hogar del amor, me sumergirás al fin, en aquel abismo llameante para que sea por siempre la víctima sagrada..."¹¹¹.

¡Qué sublime vocación! Hasta puede parecer inverosímil por tan sublime. Pero, no. Es así de sublime cuando es verdadera; y es falsa en la medida en que desciende de su propia altura para vulgarizarse en la medianía, en la mezquindad, en la infidelidad. Cuando así acaece, es tanto mayor la ruindad con que se vive cuanto mayor es la sublimidad con que le corresponde ser vivida.

4.- APOSTOLADO CONTEMPLATIVO DE EJEMPLARIDAD

Esta modalidad de apostolado es la primera enumerada por Pío XII entre las principales de la vida contemplativa. Consiste, dice, "en el ejemplo de perfección cristiana: porque su vida, aun sin uso de palabras, continua y subidamente lleva los hombres a Cristo y a la perfección cristiana: y para los buenos soldados de Cristo es como estandarte o guión que los excita al legítimo combate y los estimula a la corona"¹¹².

El Concilio proclama a su vez que los contemplativos "ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad y lo mueven con su ejemplo...".

Las obras virtuosas, y tanto más cuanto son más perfectas, poseen una poderosa fuerza de admiración, de atractivo, de estímulo y de imitación. Es aquella luminosidad del buen obrar de los cristianos que hace bendecible a su Padre que está en los cielos¹¹³, y hasta a sus padres de la tierra, como le acontecía al mismo Jesús con su Madre¹¹⁴.

Procede, pues, esta influencia apostólica de la vida contemplativa de la preeminencia con que profesa y ejercita los grandes valores y virtudes de la vida cristiana. Su mayor mérito es la dedicación total y exclusiva al amor y apoderamiento de Dios, con desprendimiento y dejación de todos los bienes e intereses de esta vida terrena, De este supremo valor derivan todos sus valores y de esta máxima ejemplaridad todas sus

¹⁰⁹ *Carta al P. Ch.* 23 de noviembre de 1904

¹¹⁰ *Elevación a la Trinidad*

¹¹¹ *Historia de un alma*, cap. 11.

¹¹² Const. Apost. *Sponsa Christi*, n. 39.

¹¹³ Cf. Mt. 5, 16

¹¹⁴ Cf. Lc. 11, 27

ejemplaridades. No hay vida que, de suyo, acredite mejor la realidad y el poder de la gracia de Cristo, la sinceridad de la fe, la seguridad de la esperanza, la verdad y la efectividad del amor divino. Toda la vida de los contemplativos está condicionada por este único ideal de Dios, creído, esperado y amado sobre todas las cosas, y por el consecuente afán de comunicación e intimidad con El y de atraer y concentrar en El todos los corazones humanos.

Son, pues, ante todo, los contemplativos los testigos de Dios. Su primero y más necesario ejemplo es el testimonio de Dios. Como escribimos en otra ocasión¹¹⁵, este mundo "desdiosado" necesita vocaciones absolutas de Dios. Frente al extremo mal de la "muerte de Dios" en la conciencia y en la vida de los hombres, el extremo bien de las mejores vidas humanas absorbidas por el misterio de Dios. Frente a los ateos, los contemplativos. Los monasterios son los refugios de Dios expulsado del mundo de los hombres: los alcázares de la reconquista del hombre para Dios. Desde los corazones convertidos en sagrarios de Dios, desde los corazones endiosados, irradiará de nuevo la divinidad sobre las vidas humanas. Pablo VI decía a los Benedictinos: "En un mundo como el nuestro, alejado de Dios, negador de Dios, vosotros dais testimonio de Él, tranquilos, austeros y gentiles, recogidos en vuestro monasterio, llevando a cabo una especie de encantamiento religioso. Os lo sugiere vuestra regla: *Creemos que en todas partes está la presencia divina*. Vuestra presencia resulta una presencia de Dios entre los hombres"¹¹⁶.

Toda la vida religiosa, pero más la contemplativa, aparece, según observa el Concilio Vaticano II:

"Como símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana.

Y como el Pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente, sino que busca la futura, el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor:

- sea la función de manifestar ante los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo;

- sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo;

- sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial...

- proclama, finalmente, de modo especial la elevación del reino de Dios sobre todo lo terreno y sus exigencias supremas;

- muestra también ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo que obra maravillas en la Iglesia"¹¹⁷.

¹¹⁵ *Nuevo diálogo sobre la renovación de las monjas contemplativas*. Teol. Espiritual, 13 (1969) p. 62

¹¹⁶ *Aloc. Abades benedictinos* 30 sept. 1966.

En la actual sociedad humana, que tan fácilmente rechaza a Dios y lo niega, la vida de hombres y mujeres, dados a la contemplación de las cosas divinas, proclama abiertamente la existencia de Dios y su presencia, ya que esa vida entraña un trato de amistad con Dios, que "da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Rom. , 8, 16). Por eso, los que así viven pueden confirmar a quienes están tentados en la fe y que, por error, llegan a negar la facultad dada a todo hombre de entablar coloquio con el Dios inefable. (Venite Seorsum, V, a)

¹¹⁷ LG. n. 44

De Pío XII son estas memorables palabras: "Lo que se ha podido llamar espiritualidad del desierto, esa forma de espíritu contemplativo que busca a Dios en el silencio y en la negación de sí mismo, es un movimiento profundo del Espíritu que nunca cesará mientras haya corazones para escuchar su voz. No es el miedo, ni el arrepentimiento, ni sólo la prudencia los que pueblan las soledades de los monasterios. Es el amor de Dios. El hecho de que en medio de las grandes ciudades modernas, en los países más ricos, en las planicies del Ganges o en las selvas africanas, haya almas capaces de dedicar toda su vida a la adoración y a la alabanza; que se consagran voluntariamente a la acción de gracias y a la intercesión; que se constituyen libremente en los fiadores de la humanidad ante su creador: los protectores y los abogados de sus hermanos ante el Padre Celestial. ¡Qué victoria del Todopoderoso! ¡Qué gloria para el Salvador...!"¹¹⁸

Son, pues, los contemplativos, como dijo hermosamente Pablo VI, "los vigías del crepúsculo de la vida actual y los profetas de la aurora que aguarda a los fieles"¹¹⁹.

Pero se impone una aclaración. La ejemplaridad eclesial de la vida contemplativa evidenciada por estas consideraciones ¿no se desvirtuará por su mismo alejamiento, que oscurece y hasta parece hacer imperceptible su luminosidad? ¿Cómo puede alumbrar a toda la casa esa lámpara oculta bajo el celemín, velada por la opacidad del enclaustramiento de esas vidas?

Recordemos que la unidad y la universalidad de la vida de la Iglesia, asegurada por la unidad de su Cabeza y de su Espíritu, asegura la comunión y la cooperación vital en ella de todos los miembros o partes vivas que la integran. Toda vida cristiana proviene de la Iglesia, se desenvuelve en la Iglesia e incrementa la vitalidad de la Iglesia. El Espíritu de amor, del que procede toda gracia, dirige con saber y poder infinitos, su indefectible coeficiencia a la plenificación del Cuerpo místico de Cristo.

La expansión efectiva de la ejemplaridad "escondida" de los contemplativos, podemos imaginarla en ondas concéntricas cada vez más amplias en su universalización. Queremos decir, que esta influencia ejemplar puede dilatarse en ámbitos cada vez más extensos, empezando por el propio e inmediato de la misma convivencia comunitaria.

Conviene prestar atención a esta primera área de la benéfica ejemplaridad contemplativa, la más obligada y eficaz de suyo, aunque no siempre la mejor comprendida y procurada. El habitual aislamiento de los otros sectores cristianos comporta un permanente acercamiento de los contemplativos entre sí, en la intercomunicación de su convivencia comunitaria. Esta consociación y mutua relación que nace de la caridad, ha de estar sostenida y regida por la caridad y debe florecer y fructificar en la más acendrada caridad. El principio general de que cualquier eficiencia causal es participada en proporción a su cercanía (como se aprecia en la luz, en el calor, etc.), y el otro más específico de que el orden de obligación en la caridad se mide por la mayor o menor *proximidad*, tiene aplicación plena en el tema que nos ocupa de la ejemplaridad de los contemplativos. Los primeros beneficiarios de la virtud y santidad de estos consagrados, han de ser sus hermanos y compañeros de ideal, de profesión y de vida. Lo serán casi inevitablemente por su misma convivencia que los apercibe

¹¹⁸ Aloc. Congr. Int. de estud. sobre el monacato oriental, 11 de abril de 1958. AAS 50 (1958), 285

¹¹⁹ Aloc. Cit. A los benedictinos.

"Los contemplativos no sólo pregonan al mundo esa meta, o sea, la vida del cielo, sino que muestran el camino que a él conduce. Si el espíritu de las bienaventuranzas que vivifica el seguimiento de Cristo, debe animar toda forma de vida cristiana 49, la vida de los contemplativos testifica que esto puede realizarse ya en esta vida terrena". (Venite Seorsum, V, b)

recíprocamente de todo su proceder, más o menos virtuoso. Pero merecen y deben serlo

intencionadamente, por cuanto se deben entre sí la máxima solidaridad y cooperación en todo su bien y, sobre todo, en la solicitud, en la generosidad y en las delicadezas de la caridad fraterna. La irradiación de su espíritu apostólico ha de comenzar por la mutua edificación en todas las oportunidades que les ofrece su comunidad de vida. Así lo entendía y lo comentaba a sus hijas la santa Madre Teresa:

"Me diréis... que no podéis vosotras ni tenéis cómo allegar almas a Dios: que lo haríais de buena gana, como hacían los Apóstoles; que no sabéis cómo... Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar (directamente) a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis a ellas obligadas. ¿Pensáis que es poca ganancia, que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor... Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en esto? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos"¹²⁰.

La presencia y hasta el solo recuerdo de un religioso ejemplar es un estímulo decisivo de superación para muchos otros, todavía menos logrados. Es, pues, la propia comunidad el primer sector eclesial de apostolado contemplativo, sobre todo, del apostolado de ejemplaridad. A través de esta pequeña Iglesia comunitaria, ha de explayarse su celo apostólico a la Iglesia universal.

También han de poner especial cuidado y hasta preocupación los contemplativos en el inmediato contorno extracomunitario de su comunicación, formado por los familiares, amigos, servidores, acreedores, etcétera, que por diversas causas se relaciona directamente con ellos. ¿Puede dudarse de que todas estas personas deberían resultar favorecidas de su frecuente o eventual encuentro con los profesionales y representantes máximos del espíritu evangélico y, por tanto, de las bondades de la caridad que se hace todo para todos? Sería la más absurda equivocación, recusar estas solicitudes de la caridad fraterna, so pretexto de mayor amor a Dios. No se trata de que la relación "con los de fuera" sea mayor ni menor de lo que deba ser. Se trata de que en esta comunicación humana y cristiana, los pebeteros de las más puras esencias evangélicas que son los monasterios, deben expandir auténtico e irrecusable, el buen perfume de Cristo, porque el "buen olor de santidad", más que privilegio de los santos que se mueren, ha de ser atributo de los santos que aún viven. También de esto da magistral consejo Santa Teresa:

"Así que, hermanas, todo lo que pudiéreis sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto; mientras más santas más conversables con sus hermanas, y aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas todas como vos las querríais hablar, nunca os extrañéis de ellas, si queréis aprovechar

¹²⁰ Moradas Séptimas, 4, 14-15

y ser amadas. Que es lo que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.."¹²¹.

Con esto y luego de esto venga el asomo y expansión al campo inmenso de la vocación contemplativa, "no circunscrita a límite alguno de tiempo, lugar o cosa, sino que se extiende siempre y en todas partes, a todo lo que de cualquier modo atañe al honor del Esposo y bien de las almas"¹²².

A toda la inmensidad de este campo tienen acceso en alas de su amor, de su oración y de su sacrificio y hasta de su ejemplaridad. Con referencia a ella comentaba Pablo VI a los Benedictinos: "Parece como si os rodeara la incomprensión y os mortificara la soledad. Pero no es así. Cualquiera puede descubrir que habéis encendido un fuego: que vuestro claustro difunde luz y calor. Alguno se detiene, mira y piensa: Sois un reclamo para el mundo de hoy. Un principio de reflexión que es con frecuencia saludable y regenerador"¹²³.

Parecidamente decía a las abadesas benedictinas: que las condiciones auténticas de su vocación confieren a su vida claustral una virtud singular de irradiación, "como se irradia la luz, como se irradia la música, el perfume... Ante todo en la pureza y la belleza que deben ser estilo de vuestra vida claustral, no sólo en su aspecto externo, sino también en el interior de vuestras personas y comunidades. En vuestra vida todo ha de ser limpio, blanco, sencillo, bello, de forma que resulte una especie de secreto. Vuestra vida ha de caracterizarse por el silencio, por el recogimiento, por el fervor, por el amor, y mucho más por el misterio de gracia a que os habéis consagrado. Belleza espiritual, ascetismo sabio, arte en cada acto del día han de transparentar vuestra vocación contemplativa. Y si es así, sabed que los muros de vuestras casas serán de cristal. Una emanación diáfana de paz, de alegría, de santidad se difundirá en torno a los monasterios; y el afán, el clamor, el remordimiento, la angustia, la cólera... del mundo que os rodea han de sentir su influjo restaurador. En otras palabras: Es preciso que vuestra vida de clausura sea lo que debe ser: perfecta, suave, fuerte, modesta y floreciente, santa a su estilo; y emanaréis hoy también el prodigio del encanto místico"¹²⁴.

Si hay perfección habrá expansión perfecta. La habrá por la emanación espiritual tan bellamente descrita por el Papa: la habrá en los ámbitos más influenciados que hemos indicado: la habrá, sobre todo -como ya previnimos-, por la difusión operada por el Espíritu de la gracia que anima a toda la Iglesia y universaliza en ella la comunicación vital entre sus miembros.

Las reflexiones expuestas y, sobre todo, las declaraciones magistrales aducidas a lo largo de nuestro escrito, evidencian el valor que posee y la estimación que merece el apostolado de los religiosos contemplativos. Es, pues, de la mayor importancia que todos los fieles adquieran clara convicción del "hontanar de gracias celestiales"¹²⁵ que tiene la Iglesia en la vida religiosa contemplativa. No lo es menos que mantengan viva y alerta la conciencia de su misión y de su responsabilidad salvífica eclesial los

¹²¹ *Camino*, 41, 7

¹²² Pío XII, Const. Apost. *Sponsa Christi*, n. 38

¹²³ *Aloc. Abades Benedictinas*, 30 de Septiembre 1966

¹²⁴ *Aloc. Abadesas Benedictinas*, 28 de octubre de 1966.

¹²⁵ PC. n. 7

profesas de esa vida. Cuanto los ideales son más altos, tanto son más difíciles de sostener y de servir. La vida contemplativa es la vocación más alta y exigente de la Iglesia. Vivirla toda una vida a tono con sus exigencias es la mayor de las heroicidades. Y se necesita mucho aliento para ser héroe todos los días. El amor de Dios es motivo y compensación colmada de esa vocación magnánima. Pero la convicción vivida de que el "amor apostólico" es también cometido esencial de su vocación, será para los contemplativos una justificación permanente, un apoyo incommovible, un estímulo firmísimo de su ilimitada generosidad. ¡Qué inagotable fuente de entusiasmo y de esfuerzo el saber que aman y benefician a todos los hombres, sus hermanos, en la medida en que aman y sirven a Dios!

POST SCRIPTUM

Nuestro estudio se ha reducido a las vocaciones e institutos "que se ordenan íntegramente a la contemplación"¹²⁶. Es sabido que otras instituciones consideradas también como contemplativas, aceptan y sirven ciertos cuidados apostólicos "directos". Lejos de nosotros poner en duda la conveniencia para ellas de esta dedicación. En cambio, rechazamos las tentativas que se han dado y que aún se dan de encomendar a las comunidades puramente contemplativas algunas participaciones directas en el apostolado activo; "por mucho que urja la necesidad" de este apostolado, como ha prevenido el Concilio Vaticano II¹²⁷.

¡No! La Iglesia no necesita de estas comunidades un poco de apostolado activo, sino un mucho de su verdadero apostolado contemplativo. Deben estar en guardia estos religiosos contra las pretensiones de Marta y cuidar que no les sea arrebatada su "mejor parte".

¿Y qué decir de las instancias que se les hacen a las monjas de que hagan participables por los fieles sus celebraciones litúrgicas? No es recusable donde sea realmente factible sin perjuicio para las religiosas y con beneficio de los fieles esa participación. Pero no es previsible que sean muchas las comunidades donde, por la confluencia de circunstancias favorables: lugar, competencia técnica y ejecutiva de la comunidad, conveniencia de horario, asistencia de fieles, etc., pueda ser así. Se ha de evitar que la preparación y la realización de estas celebraciones absorban más tiempo, preocupación y cuidado de los que las monjas les pueden y les deben prestar, con detrimento de otras atenciones necesarias, y hasta de la prevalente y fructuosa atención interior que las celebraciones religiosas requieren. Nada más contrario al espíritu contemplativo de la liturgia de las monjas, que convertida en un "espectáculo". Sé que hay términos medios virtuosos. Pero bueno será advertir que se ha de defender y garantizar esa moderación y virtuosidad.

¹²⁶ Ib.

¹²⁷ Ib.